

Nací mujer, Dios me perdone. Hay vidas que se podrían escribir en un telegrama y aún sobraría espacio. La mía es una de ellas. Una inútil y larga espera. Las persianas se abren igual que las agallas de un pez y entre las rendijas se filtra una claridad gelatinosa que enturbia mi vista. Aquella mañana entró encorvado quién sabe si por el peso de los años o de los remordimientos. Debía ser por abril o mayo; al fin y al cabo un día cualquiera. Debían haber pasado cincuenta años o más de una existencia cualquiera. Le reconocí nada más verle entrar con el gesto despistado y la sonrisa exiliada. Su voz grave estremeció el silencio. Trajo enroscado en el escueto equipaje un aroma a tierra empapada y un rescoldo de brisa que se coló por la abertura de la puerta y que por un instante inundó de vida la residencia. La tormenta se había llevado la luz y aún no había vuelto. Reparaba en esa involuntaria alegoría y contaba con los dedos de la mano tamborileando sobre mis rodillas las oscuridades que atravesé en plena claridad. Solía, en esas ocasiones, invadirme una lasitud reconfortante. Navegaba por océanos de sensaciones contradictorias. La angustia derivaba en un cosquilleo que se aferraba a los huesos, se expandía volátil por los músculos y me confería un distanciamiento material del cuerpo. Llegado ese momento arrojaba mi silueta sobre cualquier mueble de la casa vieja; pasaba a su lado y me desentendía como si no fuera conmigo ese despojo confeccionado con los saldos del pasado. Madre me observaba ladeando la cabeza como un perrillo agradecido. Se cuadraba frente a mí, se cosía los brazos a las caderas y me reprendía con una entonación infantil que no mudó el devenir de los calendarios. En tanto la premiaba con un ademán impreciso su desasosiego, bosquejaba sobre la nada los trazos difusos de antiguas caricias; extirpaba del olvido el rancio aroma de la nostalgia; delineaba la orografía de mis descarnados desvelos. Así una tarde entre cientos, así una madrugada entre miles. Saboreando la hiel húmeda del deseo; el afluente de su saliva que fue a desembocar en otro río. La erosión de la barandilla del balcón, la muesca indeleble de mis codos apostados sobre el mirador. Las estaciones que iban y venían como una criada solícita. La lluvia racheada que abofeteaba los cristales de la galería y sedimentaba a su paso un archipiélago de gotas cristalinas. El calor que reblandecía las aceras desiertas. La reverberación de los truenos que se descalabraban contra el horizonte sinuoso de las montañas. Noches de estrellas regadas con aspersiones y albores de pincelada rojiza.

Recostada en el sillón orejero en los inviernos, me mecía con la punta del pie que desperezaba a cada impulso el crujir de la madera. En la lejanía escuchaba los pasos de madre y delectaba a través de ellos la cadencia de sus labores. La luz del frigorífico le dotaba de un aura virginal. En la cocina ella escudriñaba entre las copiosas repisas, auscultaba al tacto la madurez de la mejor fruta, me calentaba la leche y apartaba la nata que me disgustaba, sacaba la bandeja de debajo de los platos originando a veces una sinfonía de loza desmenuzada. Regañaba con la tata por cualquier tontería. Una discusión por la temperatura del tazón o por el grosor de la mantequilla que empastaba en las rebanadas o por el precio de un determinado producto que consideraba abusivo. Cualquier altercado bastaba para que se cruzasen insultos entre los que se diluía la jerarquía de cada cual. Nani llevaba toda la vida con nosotros y ya se había despedido de casi todo para temer por su sustento. Madre la llamaba vieja tonta y ella rumiaba para sí unos juramentos. No rezongue Nani que me saca de quicio. No me caliente Nani, mire que la pongo de patitas en la calle. Sabe que soy muy, pero que muy capaz, amenazaba modelando con los labios un mohín que pretendía concluyente y devenía en estrambótico. Y Nani rezongaba y la sacaba de quicio y la calentaba. Y madre resoplaba y no se atrevía a ejecutar nada de lo que decía, y así mataban las dos el rato, espalda contra espalda,

intercambiando murmuraciones y aspavientos o, codo contra codo, forcejeando por un palmo de la mesa mientras escogían los garbanzos o diseccionaban las hebras de las judías verdes. La tata se sentía agredida por esos aires coloniales que se gastaba desde el fallecimiento del señor invadiendo el mapa de formica sobre el que devastaba sus sueños indigentes. Todo para aliviar el tedio más que la desolación debida a una viudedad prematura. Vestida de luto severo, salpicada de encajes minuciosos, con el cabello recogido en un moño exuberante atravesado por un prendedor de nácar. Atusándose a escondidas, impregnando de perfume caro las estancias, estirando los pliegues de las medias, deteniéndose en la contemplación de las piernas torneadas con talento, todavía hambrientas de una pasión que sepultaba bajo los escalofríos que dimanaban de esos turbios pensamientos, ahogando la excitación en un cenagal de gemidos. Llevándose a cada momento las manos pulidas por los cosméticos a la barbilla como para sopesar el incordio de su pronta soledad. Colocando sobre el aparador la fotografía de padre, en un extremo y en otro, alejándose unos metros para comprobar en qué lado se le rendía mayor devoción. La geografía sepia de su rostro afilado. El bigote discreto techando una boca menuda. El cabello apergaminado, la mirada adusta. El marco de plata salpicado por las huellas de tu esposa que no te olvida. La corona con la cinta ondeando en la mañana ventosa del entierro. El cura, amigo de la familia, que impostaba la voz en el responso y exaltaba virtudes insospechadas del difunto.

Madre desplazaba el jarrón que, al menor movimiento, desataba un chaparrón de pétalos que acababa por alfombrar ese santuario de recuerdos. Me preguntaba qué me parecía aquí o qué me parecía allá. Y yo me acunaba en el sillón. Bien mamá. Bien. Con la cabeza ladeada, el oído medio distraído y las manos que abarcaban los brazos mullidos cubiertos por los paños de ganchillo que Nani tejía entre el arrullo de la radionovela, el murmurar de sus cosas y el picoteo metálico de las agujas. Las tres juntas nos sentíamos tan solas. Ya lo sentenciaba madre. Las mujeres no sabemos estar solas.

Madre husmeaba entre las cacerolas. Ay, neniña, no sé que se la habrá perdido entre los fogones. Ay, neniña, a ver si usted la convence, que esto no es para ella. Nani se lamentaba así de su suerte esquiva. Ay, neniña, qué pena que yo no encontrara un buen mozo. No digo como su padre; algo más para mí. Bueno y honrado, eso sí, como su padre, pero algo más para mí. La mirada extraviada en la alacena como si dentro habitase el antídoto contra su desgracia. La rodea remetida entre el cordel del mandil estampado con lamparones de diámetro y textura diversa. Los calcetines de lana gruesa por encima de los leotardos tupidos que arrojaban sus tobillos hinchados por la maldita artrosis. Nani, con esas trazas, no salga a servir al comedor, se lo pido por favor. Parece usted un espantajo. El bullir de la sopa que mitigaba sus suspiros. El pitido de la olla despertándola de sus imposibles empeños.

Una mala tarde se desplomó sobre un tapiz confeccionado con desperdicios de patatas. Se fue a morir en primavera. La pobre Nani. De niña, me sentaba sobre sus rodillas y esparcía las mondaduras imaginando formas de animales o cosas que me participaba sin esperar mayor respuesta que mi atención. Mira, ¿ves?, eso es un elefante. ¿No lo ves? Ésta es la trompa. Y éstas son las orejas. Qué grandes son. ¿Las ves? Y las juntaba y volteaba y las cortaba más menudas hasta que la composición adquiría una remota similitud a aquello que inventaba con los ojos dilatados y la sonrisa bobalicona. Luego se jaleaba sus ocurrencias y me estrujaba contra su pecho inexplorado que en verano olía a sudor y a frutas indefinidas y en invierno a caldo de gallina y a castañas recién asadas. Del tirante del delantal colgaba una aguja enhebrada y un muestrario de imperdibles que se me clavaba en las costillas. Mis quejas se ahogaban bajo unos besos estrepitosos que explosionaban contra las mejillas.

